

DISCURSO  
PRONUNCIADO EL DÍA  
**16 DE SEPTIEMBRE DE 1855**

en la plaza principal de Guadalajara,

POR

**EL C. IGNACIO L. VALLARTA,**

*miembro de la sociedad literaria*

"LA ESPERANZA"

Populus qui ambulabat in ténébris, vidit  
lucem magnam: habitantibus in regione um-  
bræ mortis, lux orta est eis.

EL PROFETA ISAÍAS.

*Señores.*

Hoy hace cuarenta y cinco años que, á la potente voz de un anciano ilustre, México se despertó del sueño de muerte en que dormía; y arrojando lejos de sí las cadenas que la mantenían en esclavitud y en opresión, marchó hasta colocarse en la categoría de las naciones independientes; y hoy, después de cuarenta y cinco años de errores y crímenes de toda especie, de amargas decepciones y de sufrimientos espantosos, México está próxima á arrastrar las cadenas del esclavo. Permitidme, señores, que antes de abrir mis lábios, cubra con crespón fúnebre la estatua de Hidalgo: permitidme, que antes de hablaros como conviene, que os hable en este día solemne, conjure á los manes de los héroes de México, para que la paz de sus sepulcros no sea por nosotros perturbada.

¿Qué responderíamos á ese Hidalgo venerando, si levantándose de su tumba nos dijera: Yo os dí una Patria rica, hermosa, grande: ¿qué habéis hecho de ella? Yo os dí la li-

bertad que apetecíais: yo os emancipé de una metrópoli tirana: yo hice reconocer los derechos que, como pueblo, os competen: ¿qué habéis hecho de esos bienes? ¿Dónde están vuestros hermanos de Tejas, de Californias, de Nuevo México? ¿Qué responderíamos, señores? La vergüenza cubre mi rostro, y mi labio enmudece de afrenta. Sombra augusta de Hidalgo, aparta, aparta tu vista de tu infortunada Patria: mis palabras no vienen á tributarte un homenaje de gratitud por tus virtudes que admiro; están consagradas á despertar á México del sopor que la embarga en las vísperas de su ruina; están consagradas á hacer que tus hijos sean dignos de tu grandeza.

Efectivamente, conciudadanos: nuestro entusiasmo no debe derramarse en estériles lágrimas de gratitud por los héroes que fueron: él tiene hoy objeto más noble que llenar, cuando nuestra Patria requiere abnegación heroica para salvarse, porque os lo diré sin ambages: la solemnización del 16 DE SEPTIEMBRE DE 1810, no puede consistir sino en la aparición de otro día para México, como aquel tan fausto: los aniversarios de los grandes hechos sólo se celebran con otros hechos grandes, así como la Francia honró en Freiland, la jornada de Austerlitz. Mostrémonos dignos de este día doblemente solemne para nosotros, imitando el patriotismo de los héroes cuya memoria recordamos. Sin mas dilación, voy á exponeros mis ideas con la confianza del convencimiento, con firmeza republicana.

Hay en la vida de los pueblos hechos grandiosos, de gigantesco tamaño, que marcando distintamente la fisonomía de las grandes épocas sociales, las épocas de transición y de crisis, sirven para expresar en su lenguaje mudo, pero elocuente y lógico, los hondos vaivenes que sufren las viejas y carcomidas instituciones políticas en su lucha siempre incesante con las ideas nuevas que Dios deposita en el seno del genio para la felicidad del género humano. Esos hechos tienen vastísima trascendencia en la suerte de las

sociedades, y concebidos por mil exigencias imperiosas en demasía, revelan un choque terrible de intereses, un derrumbamiento espantoso del edificio social: esos hechos espantan á la generación que los presencia: esos hechos, en fin, son los que se llaman providenciales.

La filosofía de la historia nos enseña que esos sucesos no son casuales ni hijos tampoco de momentáneas circunstancias: al contrario, que ellos están enlazados con remoto origen, preparados por lejanas causas, dispuestos por necesidades apremiantes, y realizados, en fin, por hombres ilustres que conocen aquel origen, que comprenden esas causas y que sienten estas necesidades. Desde que la historia vino á ser una ciencia eminentemente lógica, los pueblos saben explicarse sus mas grandes catástrofes.

Los anales de la humanidad nos están persuadiendo de aquellas verdades: abridlas, señores, y consultad al acaso sus páginas. La universal dominación romana, bajo la magestad del imperio de Augusto César, para aproximar, para estrechar las relaciones de unos pueblos que se creían siempre enemigos, en la antigüedad; la misma dominación universal del Papado ó sea teocracia absoluta bajo la potente diestra de Gregorio VII, para despojar de su primitivo carácter de rudeza á las sociedades europeas, para sustituir al mando siempre legítimo de la fuerza y del sable, la autoridad única, justa de la razón y de la inteligencia, en la edad media; el protestantismo ó sea la reforma de Inglaterra, para emancipar al entendimiento humano, de las duras cadenas de esclavitud con que la sujetaban los excesos de una opresión limitada, al fin de la misma edad media; la revolución francesa, el más grande cataclismo social que haya presenciado la historia contemporánea para derrumbar hasta la última piedra de un ruinoso edificio político, para predicar, para inscribir en las constituciones y en las cartas los preceptos evangélicos de "IGUALDAD, LIBERTAD, FRATERNIDAD," al fin del pasado siglo; Napo-

león, el gran capitán, el ilustre general, el ambicioso emperador, para volver á un cauce regular el curso de las sociedades europeas, extraviado por los excesos necesarios de aquella revolución, para contener los desmanes codiciosísimos de la Rusia, en nuestros días; todos esos grandes sucesos nos están diciendo que las naciones satisfacen sus necesidades aun á costa de los padecimientos de toda una generación; que la humanidad progresa, que los pueblos avanzan y que las tentativas para mantener el *statu quo*, son tan locas como estériles. Os suplico, señores, que no olvidéis esta interesante lección que nos suministra la experiencia de setenta siglos.

El muy fausto acontecimiento cuyo aniversario estamos honrando, pertenece, sin poderlo dudar, á la categoría de esos grandes hechos que cambian la faz de los pueblos y les dan récio empuje por la carrera del progreso: primero de los hechos que registran los anales de la Nación Mexicana, de indecible influencia política y social, sorprendente en su ejecución, admirable en su desarrollo, grande y majestuoso ante las generaciones que le saludan con aplauso, forma uno de esos puntos culminantes de la historia que marcan las edades de los pueblos. Y ese hecho, lo mismo que los que acabo de citar, expresó los deseos de una nación, satisfizo las necesidades de una época, y fué el presente que la Providencia hiciera á los esclavos de trescientos años.

Vosotros lo sabéis muy bien, señores; pero puesto que este día está consagrado al recuerdo de ese acontecimiento, dejad extenderme en ciertas consideraciones que no son ajenas de mi propósito. Abramos nuestra crónica colonial, registremos sus monótonas y oscuras páginas. Las tres quintas partes de la población mexicana que aproximativamente formaban la clase indígena, estaban sumidas en la mas desconsoladora desgracia, sin siquiera la esperanza de poseer un solo palmo de tierra, sin industria, servían de

béstias de carga á los dominadores: ignorantes y embrutecidos, arrastraban tediosa vida: fanáticos y supersticiosos, ni comprendían la dulzura de una religión que se les quiso enseñar á sablazos, ni ponían diferencia entre las sangrientas divinidades de México y el Dios que murió en una cruz por la redención del género humano. Nada de derechos del hombre, nada de garantías individuales, nada de justicia social, nada de compasión siquiera para los desgraciados dueños de la rica México. ¡Las ciencias, las artes, la industria! La tiranía anda siempre peleada con la perfectibilidad humana; y cuenta, señores, que nuestros conquistadores no sabían mas que atesorar oro.

La nación toda conocía sus males, sentía sus sufrimientos, y sin darse cuenta á sí misma de sus propios deseos, era llevada por su instinto solo, á apetecer algo que no sabía qué era. Hidalgo comprendió entonces la oportunidad de los tiempos, conoció la época; y, anciano y sin recursos, proclamó la Independencia de México.

Lo que el 15 de Septiembre de 1810 pareció loco atrevimiento, fué el 27 de Septiembre de 821 un hecho heroico; y fué, señores, porque la Independencia de México es la consecuencia lógica del malestar que todo un pueblo sentía por resultado necesario de las abominaciones del sistema colonial. Para quien conoce la filosofía de la historia, no es inexplicable fenómeno tan sorprendente. Y así se explica también cómo los grandes obstáculos que impedir quisieran nuestra emancipación, no fueron potentes á retenernos por más tiempo en esclavitud. La veneración sacrilega que en México inspiraba la majestad de un rey que vivía en Madrid, convirtióse en respeto de los derechos del hombre: el terror pánico que infundía la presencia de un virey, *representante* de Dios en México, cambióse en el valor heroico de un Morelos: la inícuca superstición en que todo el país yacía, trocóse en luminosa discusión sobre la dignidad humana: el clero español que fulminaba el anate-

ma, que condenaba á las penas eternas á los insurgentes, cayó en desprestigio cuando los sacerdotes mexicanos, Hidalgo, Morelos, Matamoros, Mercado, dijeron al pueblo que él mentía con sacrilegio. . . Las instituciones políticas de trescientos años, las ideas maquiavélicas que el gobierno había enseñado á México; ideas de esclavitud sempiterna, nada fué potente para contener el impulso de la voluntad nacional.

De propósito, señores, me he parado á contemplar despacio ese hecho que acabo de analizar: tiene tan pasmosas coincidencias la época en que se realizó con la que en la actualidad estamos tocando, hay un enlace tan estrecho entre los sucesos del año de 810 y los que ahora pasan entre nosotros, que necesario era consagrar nuestra atención por un momento á hacer las reflexiones de que me he ocupado. Con estudiada intención he removido esos hechos que son ya del dominio de la historia.

Mi objeto vá más lejos que narrar lo pasado: se dirige á un fin para nosotros más interesante que enorgullecernos por lo que fué. Esto os lo he dicho ya, y confiado en que las verdades históricas que he demostrado están presentes á vuestra memoria, abordo, en fin, á la parte principal de mi discurso.

Con tranquilidad y con calma, sin las exageraciones de partidario y con corazón de mexicano, discurrid conmigo sobre la suerte de nuestra Patria. Las lecciones de una dura experiencia de treinta años deben de hacernos pensadores.

Basta un examen superficial, una rápida ojeada sobre la presente situación de México, para quedar poseídos de espanto terrible. Nuestra sociedad se disuelve, nuestro edificio político cruje amenazando ruina: las masas son presa de la hambre y de la miseria: el pueblo padece: todo mexicano está en expectativa: la inmoralidad ha penetrado hasta la médula de nuestros huesos; gusano roedor carcome

nuestro corazón: la consolidación de las instituciones políticas del país pasa ya por asunto de burla: nadie cree á los gobiernos en su impotencia absoluta de hacer la felicidad pública; y de trastorno en trastorno, de pronunciamiento en pronunciamiento, México corre al abismo. Esta es la verdad, esto es lo que vemos, esto lo que sentimos; y si esa verdad es cruel, no debe por esto hacernos desmayar. Hoy que venimos á honrar la memoria de Hidalgo que nos dió una Patria, debemos conjurar esa tormenta de males que se desprende sobre nosotros y que nos robará nuestra Patria. Mi discurso, señores, no tiene otro objeto: lo he dicho ya.

La época que tocamos, es época de transición, de borrasca, de crisis: si tenéis alguna idea de lo que entre nosotros sucede, si conocéis uno solo siquiera de esos hechos providenciales de que os hablaba al principio de mi discurso, adivinaréis que esta época está presidiendo á un suceso de indecible influencia en la suerte de México, suceso que nos depara dolores infinitos. La humanidad tiene sus enfermedades que la Providencia cura, no sin hacer sufrir hondos trastornos á los pueblos. Pues bien, señores, ya que nuestro destino nos trajo al mundo en tan aciagos momentos, aceptémosle con valor, y que nuestro destino se cumpla.

Complica haciendo más difícil nuestra situación la codicia insaciable del gabinete de Washington. el pueblo que se ha tragado ya á Tejas, Nuevo-México, la Mesilla y Californias, espera el momento propicio de borrar del libro de las naciones á México: el portentoso vigor del Norte, su colosal adelanto, contrasta fatídicamente con nuestra debilidad extremada, con nuestro vergonzoso atraso.

Prolongar por mas tiempo nuestro *statu quo*, es imposible, porque la crónica enfermedad que trabaja á México va á hacer crisis, ó bien dándonos una Patria fuerte y constituida, ó bien haciéndonos esclavos de nuestros vecinos; querer curar esa enfermedad con lenitivos suaves, es locu-

ra, porque está en el corazón de nuestra organización social: pretender distraernos con palabras mentidas de felicidad pública, pretender llenar nuestras necesidades con palabras que nadie cree, es insensatez; esquivar la resolución del problema que va á decidir para siempre de nuestros destinos, es un delito; tener miedo cuando nuestro edificio social amenaza sepultarnos entre escombros y ruinas, es un crimen. Un piloto diestro cobra serenidad y valor á proporción que el viento zumba, que el relámpago fulgura, que el rayo estalla.—Señores: el miedo no nos ha de salvar, ni tampoco el miedo conjura el peligro. Cristóbal Colón, en medio de la inmensidad de un mar desconocido, debió su salvación y su gloria á la intrépida serenidad de su alma.

¡Que perezca mil veces el mexicano que se acobarde en los solemnes días de nuestra Patria! ¡Que perezca mil veces quien crea huir del riesgo con deliberaciones siempre inútiles, con temporizaciones siempre perjudiciales! Nuestra época, es época de acción y de energía: el tiempo urge, señores.

Pero he habandonado el curso de mis ideas: vuelvo á tomarle. El movimiento que derrocó la nefanda administración de Santa-Anna, ha tomado un aspecto imponente: tiene una fisonomía grandiosa que no se parece á la de ninguno de nuestros pasados pronunciamientos; y esto es, porque esa revolución es hija de la crisis de que hablaba poco há; porque ese movimiento es propiamente revolucionario, porque está expresando las exigencias de nuestra época, porque el país ha creído que pone fin á la congojosa situación que nos agobia; por eso México se ha hechado con confianza en sus brazos. Yo tengo la misma fe, y por eso he saludado con entusiasmo la revolución de 855.

Si esa revolución siente obstáculos para triunfar, que los allane con presteza; si su marcha es entorpecida por dificultades que la estravíen, que las pisotee con arrogancia y

que siga siempre marchando. Si esto no hace, yo el primero levantaré mi voz para maldecir nuestra última revolución nacional, y prepararé copiosos torrentes de lágrimas para llorar la esclavitud de mis hijos.

Esa revolución que tiene tanto que destruir, debe de tener su símbolo de fe política para reedificar. Le tiene, señores, y no anda extraviada en sus creencias.

La democracia, institución sagrada que no es más que el evangelio de los gobiernos; la democracia, que es la exigencia de la civilización; la democracia, que es el porvenir político del mundo, es el símbolo de la fe que profesa la revolución de 855.

Yo quiero, señores, la democracia en todo su desarrollo práctico, con toda su influencia política, con todo su alcance social; porque solo la democracia, así entendida, sabrá dar solución á nuestro gran problema nacional, y sabrá marcar el hasta aquí á nuestro inaudito desorden: yo quiero la democracia pura, sin mezcla de heterogéneos elementos, porque solo ella es potente á contener nuestra ruina: yo quiero la democracia pura, sin ajenas combinaciones, porque amo á esa institución que hace al hombre hermano del hombre, que solo reconoce el mérito personal, que solo acata la virtud individual, que proclama la unidad de la gran familia humana, que realiza los mandatos del Hombre-Dios.

Quien crea que las proposiciones que acabo de vertir son hijas ó de juvenil entusiasmo ó de exageraciones de partidario, se engaña mucho, os lo aseguro, señores; y sin estar yo mismo acostumbrado á creer á nadie bajo su sola palabra, os voy á dar desde luego mis pruebas.

Los males de México están puestos en su misma organización político-social; organización que ninguno de nuestros anteriores pronunciamientos se ha atrevido á tocar, temeroso de la grito que alcen los bastardos intereses comprimidos: palpadlo por vosotros mismos: en México existen, y siempre han existido, fueros que dan á entender ó que la

justicia de la ley no es igual para todos los hombres, ó que entre éstos hay unos que son distintos de los otros, puesto que no pueden regirse por la misma justicia: en México existe y siempre ha existido tan absurda división de la propiedad territorial, que mientras una persona, una clase ó una corporación posee inmensos terrenos, la mayor parte de los mexicanos carece de un palmo de tierra: en México existe y siempre ha existido, la amortización de los capitales, que hace morir de hambre á los pueblos; el monopolio, que seca las fuentes de la riqueza; la contribución indirecta que pesa toda sobre el pobre consumidor . . . . . ¿pero para que cansarnos con una enumeración fastidiosa de los vicios de que adolece nuestra organización político-social, cuando todo es caos, todo desorden en ella?

Pues bien, señores: he dicho que la revolución ha de llenar las exigencias de la época, y que esto solo lo conseguirá abandonándose sin reserva en manos de la democracia, única escuela política potente á contener nuestra ruina: ¿sabéis por qué? voy á decíroslo.

Porque la democracia predica la igualdad ante la ley y destruye fueros absurdos: porque la democracia acepta los principios de la escuela económica-liberal, y no se aviene con una división territorial injusta y desproporcionada, con la amortización de los capitales, con el monopolio, porque la democracia anda peleada con influencias bastardas; y en una palabra, porque la democracia está en lucha con todos los elementos de mal que en nuestra organización existen.

La democracia, viniendo contra el origen de nuestros infortunios, terminará, pues, la dolorosa crisis que sentimos, y librárá al país de las desgracias que seriamente le amenazan.

Al mal de los hechos, es preciso oponer el bien de los principios: de allí resultará un choque terrible de intereses, un derrumbamiento espantoso del edificio político, una revolución radical. Pero, cuenta, señores, que estos mismos

síntomas que llenarán de miedo á los tímidos, son precisamente la señal precursora de nuestra salud; porque ellos indican que todo lo nuevo que deseamos, ha sustituido á todo lo viejo que nos está haciendo padecer, porque indican que nuestra crisis está terminada. La vida de los pueblos es trabajosa; y el que conserva las sociedades, las sujeta á veces á pruebas terribles para que marchen siempre hacia el progreso. Acordáos, señores, de Atila.

Pero esto es incendiario, es subversivo; con tan estrechas teorías, solo conseguiremos escombros y ruinas: puede la escuela republicana, en buena hora, armarse de la tea y del martillo; pero no prometa al mundo una felicidad que no le dará."

La réplica es tanto mas atendible, cuanto que estoy seguro de que es la expresión, no ya de un partido iluso sino de muchos que, con mengua de los principios que profesan, se dicen republicanos. La voy á contestar, porque en hacerlo se interesa la causa que defiendo y mi propia honra; porque me creo con derechos para que no se me confunda con demagogos insufribles ó con tiranos malditos: la demagogía y la tiranía, no tiene efectivamente, mas que la terrible misión de destruir.

En política, lo mismo que en religión y en historia, yo acepto la lógica con toda la severidad inflexible de sus consecuencias: cuando reconozco la verdad de un principio, dispóngome ya por esto solo á reconocer tambien la verdad de las consecuencias legítimas que de él emanen.

Os hago esta observación porque ella es interesante: si sentís su exactitud teórica no os asustéis con su influencia práctica.

Ahora bien: si estoy hasta la evidencia persuadido de que la igualdad ante la ley, es una exigencia social imperiosa, porque la justicia la reclama, nuestro común origen la pide á voz en cuello y las clases abatidas de la sociedad, sabiendo ya algo de lo que pasa en la esfera de la ciencia,

la disputan á cañonazos; una lógica estricta me obliga á pedir la abolición de fueros. Republicanos de convicciones incompietas! O negad la verdad del principio ó aceptad la legitimidad de la consecuencia: la lógica no contenta intereses bastardos con absurdas transacciones.

Y eso que digo de la igualdad ante la ley, es también aplicable á los otros principios que toda la escuela acepta; pero cuyas consecuencias, porque extirpan ciertos abusos que palpamos en nuestra máquina política, llenan de pavor á algunos republicanos y las excluyen, no sé en verdad cómo, de su fé democrática.

Cosa maravillosa! La constitución de 824, esa constitución que los republicanos han visto siempre como su código sagrado, como el anhelado objeto de sus deseos, y que no es más que una amalgama monstruosa de la verdad y la mentira, una transacción imposible entre lo nuevo y lo viejo; la constitución de 824, repito, solo adolece de un grave defecto: es anti lógica, y por esto solo ni ha llenado las necesidades del país, ni ha sido potente á sacarnos del caos político en que andamos. El mundo moral tiene sus leyes, y cuando un pueblo comete la imprudencia de violarlas en su constitución misma, tiene que espigar su delito con abundantes torrentes de sangre. México se levanta de su prostración para revelarnos esa verdad terrible.

Por necesidad indisputable, por las exigencias de la lógica, tenemos, pues, que admitir todas las doctrinas de la escuela democrática si es que aceptamos sus principios. Al exponeros mis opiniones he pensado ser lógico; y no he temido que, sin razón, se me llame apóstol de la anarquía.

Pero puede, sobre punto tan vital, haber peligrosa confusión de ideas que redundan no solo en descrédito mío, sino lo que es más, en perjuicio de mi Patria, por atribuirse á la democracia una cualidad que sin duda no le pertenece. Seré más claro: si se adopta la escuela democrática con todos sus principios y con todas sus consecuencias, si se